

Por lo tanto denunciar el «Día de la Raza» a Gómez, no es inoportunidad, ni falta de tacto, pues, ¿qué mejor prueba de solidaridad racial y de piadoso amor puede darse al pueblo venezolano que condenar a su verdugo, desde la culminante tribuna de la Universidad Nacional?

Pobres de los pueblos en cuyas universidades no arda eternamente, como un faro ante las conciencias, el fuego votivo consagrado a la Libertad.

\*

DEL discurso del Licenciado Vasconcelos no conozco sino la esencia; pero ello, unido al conocimiento que adquirí de Venezuela durante una estada de seis meses, me basta para admitir que la empresa de denunciar al siniestro gobernante que oprime a ese pueblo, es una de las más nobles que pueden acometerse.

Durante mi permanencia en la *Patria de Bolívar* (nunca fué más cruel el «sic transit»), dos sentimientos se desarrollaron en mí, paralelamente: la simpatía por el pueblo oprimido y la indignación por los actos de su opresor, al grado que si salí de allí con un sólido amor por los venezolanos, que probaré de cuantas maneras pueda, salí también lleno de un santo odio para el tirano más estólido que haya estado ante mis ojos.

Caracas, la ciudad luminosa, agreste y pintoresca, que seduce al llegar, no es a la postre más que un sepulcro blanqueado; una gran penitenciaría pintada por el «camouflage» político de risueños colores; pero saturada de inicuas injusticias y de oscuros dolores que poco a poco se van percibiendo, hasta que obsesionan y llenan de pavor como cuadros del Infierno Dantesco, vislumbrados por una grieta de la tierra.

Junto a los teatros están las prisiones, donde los cautivos arrastran grillos de 60 libras en los pies y viven «emparedados» en calabozos tan estrechos que no permiten al prisionero estar ni de pie, ni acostado; sedente sólo y con los miembros encogidos. Calabozos patentados por Gómez, más inicuos que las «oubliettes» de los castillos feudales y los «in pace» de la Inquisición.

Y si las prisiones están junto a los teatros, los cuarteles están junto a los parques, henchidos de una soldadesca que nada tiene que ver con los legionarios que siguieron a Bolívar y a Anzoátegui en la epopeya libertadora, pues, en las bayonetas no llevan «clavadas las leyes», sino las brutales consignas del Mandarín de Maracay.

Caracas tiene buenas carreteras, pero si éstas hablaran, contarían en interminable historia de dolor, cómo fueron labradas en la piedra viva por

miríadas de presidiarios, que bajo el látigo, trabajan de sol a sol, tanto en estas obras públicas como en las privadas del Gran Mogol venezolano.

Esos son los dolores que comprimidos por la gravitación de la dictadura, se concentran en el fondo de la risueña Caracas.—En la superficie hay un carnaval perpetuo de cortesanía exagerada y grotesca.—El bombo pagado, la «coba» oficiosa, el celo turiferario, han crecido entre los cortesanos como tumores malignos. El madrigal patizambo hace caravanas de minué, la oratoria oficial discierne laureles de trapo y edifica arcos triunfales con sebo retórico; el académico agota en regüeldos laudatorios todos los ditirambos de la epigraffa heroica y para alfombra de las patas del soldadón de Maracay, tiende el periodismo los elogios que se escatiman a Bolívar, porque Bolívar, es claro, ha pasado de moda para el mundo oficial de Venezuela!

La panoplia épica y fulgurante del mayor guerrero, del máximo genio de América, ya no es nada. Lo que ahora vale es la «égida de la paz» que abraza Gómez y de que habla el Cónsul Rincónes, una égida que aunque redonda y metálica como los broqueles, no es en realidad más que la tapadera de una cloaca.

Porque la paz es una olímpica matrona que en muchos casos, y éste es uno de ellos, no desdeña ser encubridora de las naciones corrompidas...

\*

Yo estuve frente a Gómez en su campamento—granja de Maracay—, de donde salen los «úkases» más infames y los mejores quesos de Venezuela, porque este Sancho Panza neroniano ha encontrado la manera de alternar armoniosamente las funciones de sátrapa sin entrañas, con las de fabricante de requesones... Maracay es un reducto lleno de ametralladoras y una gran quesera, olorosa a cuajo y a estiércol.—Gómez imita pasablemente todos los quesos del mundo.—Para su ignorancia Flandes no tuvo más función en la historia que inventar cierto queso; confunde al periodista Rochefort con el queso de nombre semejante y se pone en paz con su conciencia, pensando que si ha dejado a una nación a oscuras, ha multiplicado en cambio, los ojos del queso Gruyère...

Su pasión bucólica-industrial comprende naturalmente a las vacas y a los toros, sin los cuales no habría queso posible, y su obsesora manía es la cruce del toro Zebú con la vaca Herford. Cuando habla de él, solemnemente, parece que evoca a Júpiter y cuando habla de ella, entrecierra voluptuosamente los párpados de cocodrilo, como si se tratara de Venus Anadyomena... Si Gómez llegara a

saber que en Egipto se adoraba a una diosa con cabeza de vaca, la diosa Athor, impondría su culto a Venezuela como religión oficial.

Me explico ese ardor vacuno, ese frenesí taurino, pensando que Gómez en su antro de Maracay, imponiendo tributos de oro y sangre, tiene algo de un Minotauro de Creta... bastante cretino.

La ciencia administrativa del tirano está inspirada en las relaciones entre toros y vacas. Su escuela de estadista es la dehesa de Maracay. Los venezolanos como las reses, sirven para trabajar en provecho de él, arando la tierra o arrastrando carretas. Al toro indómito se le castra y al venezolano digno se le emascula en la Rotonda o en Puerto Cabello. La concepción más abstracta que Gómez tiene de la Patria es la de una gran vaca, de ubres inagotables, que él sólo tiene derecho de ordeñar.

■

TAL es el tirano en su aspecto irrisorio y aristofanesicamente cómico. Lo que hay en su reverso, de victimario, de verdugo desalmado y de corruptor de pueblos rebasaría, sólo enunciado, las proporciones de esta crónica. Acaso lo revele, en parte, el folleto que prepara aquí un grupo de venezolanos, con elocuentes fotografías de prisiones y de prisioneros, documentos espeluznantes y estadísticas aterradoras.

Yo sólo he querido apoyar con el testimonio de mi experiencia, la justiciera requisitoria del rector de la Universidad Mexicana, en contra del último tirano de América y en favor del noble pueblo venezolano, requisitoria cuya aplastante fuerza de martillo hidráulico, generada en la verdad y en la justicia, ignorará las melindrosas protestas consulares que se han producido aquí y allá.

Para conseguir ese fin no he vacilado en arrostrar los enconos de escritores que fueron mis amigos allá en Venezuela, íntimamente convencido de que ellos piensan como yo, aunque en silencio, y seguro de que dirían lo mismo que yo he dicho, si como yo, fueran ciudadanos de un país libre y vivieran en un país libre, en lugar de vivir, como los moscos del Orinoco, pegados a la lengua del caimán...

Y el último resultado, me satisface estar del lado del Libertador, de sus enseñanzas generosas y justicieras, junto a los venezolanos que sufren hoy y triunfarán mañana y enfrente de los otros, para quienes Bolívar ya no existe, sino en el troquel de las monedas acuñadas por el tirano.

JOSÉ JUAN TABLADA

New York, octubre, 1920.

(*Excelsior*, México).